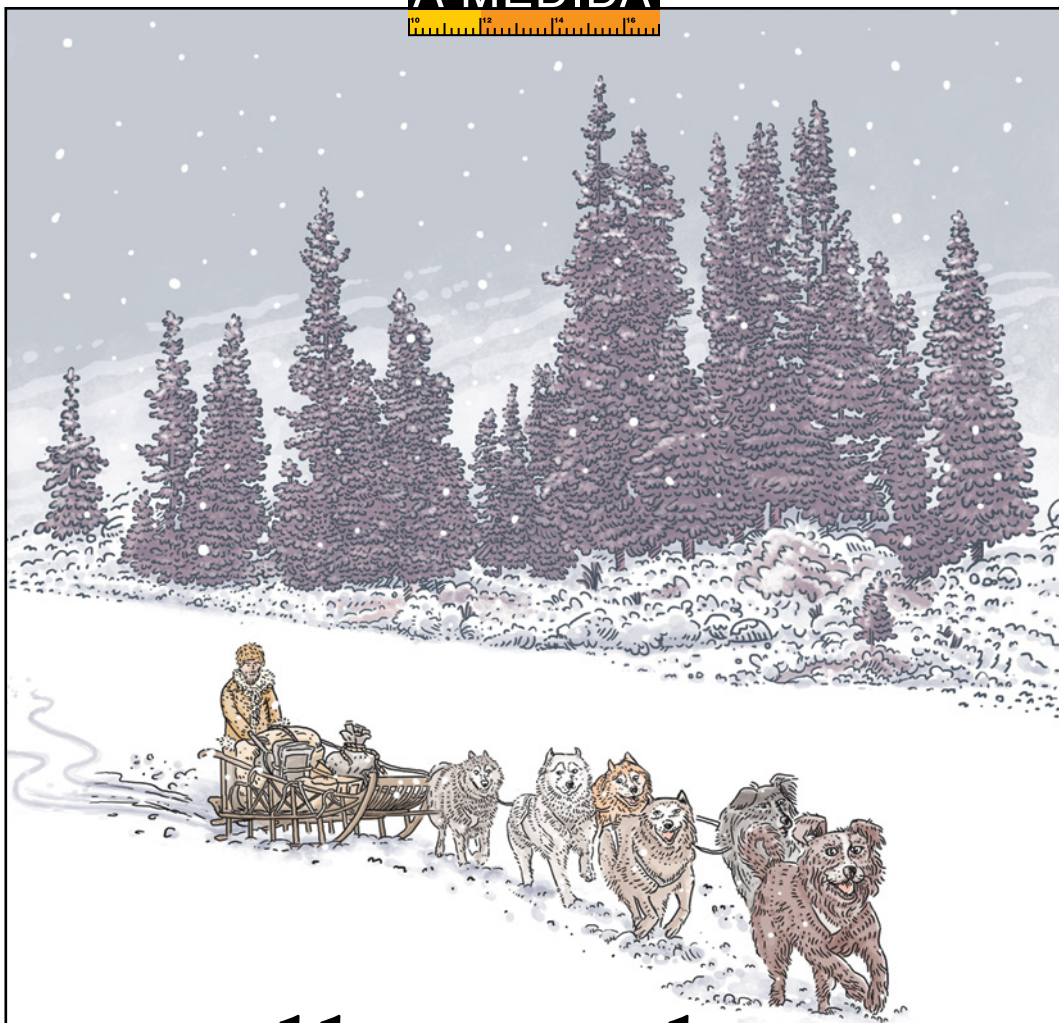


CLÁSICOS
A MEDIDA



La llamada de lo salvaje

Jack London

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

La llamada de lo salvaje

Jack London

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles
Ilustraciones de Olga de Castro

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *La llamada de lo salvaje*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente Muñoz Puelles, 2016
© De la ilustración: Olga de Castro, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2016

ISBN: 978-84-698-0843-6
Depósito legal: M-294-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

| | |
|---|-----|
| Introducción | 5 |
| Hacia lo primitivo | 17 |
| La ley del garrote y el colmillo | 29 |
| El dominio de la bestia primitiva | 41 |
| Tras conquistar la supremacía | 57 |
| Las fatigas del camino | 67 |
| Por el cariño de un hombre | 81 |
| Suena la llamada | 93 |
| Finis | 109 |
| Apéndice | 133 |



La llamada de lo salvaje

Hacia lo primitivo



*Surgen los atávicos deseos de vida errante,
rompiendo las cadenas de la costumbre,
y, entre la bruma de los sueños,
despierta el clamor de la fiera raza¹.*

Como Buck no leía los periódicos, no pudo enterarse de la amenaza que iba a transformar no solo su vida, sino la de los perros de toda la costa, desde el estrecho de Puget hasta San Diego², que contaban con una fuerte musculatura y un pelaje denso y cálido. El oro había aflorado entre las penumbras del Ártico, y las navieras y las compañías de transporte pregonaban el hallazgo. Miles de hombres afluían presurosos a las tierras del Norte. Necesitaban perros resistentes, de recia musculatura, que aguantasen los trabajos pesados, y fuertes pelambreras que los protegiesen de las heladas.

¹ El poeta estadounidense John Myers O'Hara (1870-1944), autor del poema *Atavismo*, al que pertenecen estos versos, consideraba que habían servido de inspiración a Jack London para escribir esta novela.

² Puntos extremos de la costa oeste de los Estados Unidos.

Buck vivía en una hermosa casa, en el soleado valle de Santa Clara³. La llamaban la hacienda del juez Miller. Estaba apartada del camino, medio escondida entre una arboleda. A la casa se llegaba por senderos de grava que serpenteaban entre amplias extensiones de césped y altos álamos. En la parte posterior, la finca tenía grandes caballerizas, cabañas para el servicio, cobertizos, huertos y vergeles. Y luego estaba la bomba del pozo artesiano⁴ y un gran pilón de cemento, donde los hijos del juez Miller chapoteaban de vez en cuando.

Sobre estos vastos dominios reinaba Buck. Allí había nacido y pasado sus cuatro años de vida. Cierto que había otros perros, pero eran segundones. Iban de acá para allá y se quedaban en las pobladas perreras, como los fox terriers, o se perdían por los rincones más oscuros de la mansión, como Toots, el doguito japonés, o Ysabel, la perrita mexicana pelona, que rara vez asomaban la nariz fuera de casa.

Buck no era perro para estar en casa ni para vivir en una perrera. Toda la finca era suya. Se zambullía en la alberca o se iba de caza con los hijos del juez; escoltaba a las hijas, Mollie y Alice, en sus caminatas, y en las noches invernales solía tenderse a los pies de su amo, ante el crepitante fuego de la biblioteca. A los nietos del juez los llevaba sobre su lomo y les daba revolcones sobre el césped; y los seguía con la vista cuando se alejaban de la casa. Cuando caminaba entre los fox terriers, lo hacía con arrogancia, y despreciaba olímpicamente a Toots y a Ysabel, pues él era el rey, y reinaba sobre todos los dominios del juez Miller.

Su padre, Elmo, un enorme San Bernardo, había sido compañero inseparable del juez, y Buck llevaba el mismo camino que

³ Región de California.

⁴ *Pozo artesiano*: hoyo profundo que se hace en tierra para sacar agua de los mantos subterráneos.

su progenitor. No era tan grande (solo pesaba ciento cuarenta libras⁵), porque su madre, Shep, había sido una collie⁶ escocesa. Pero su porte era de lo más majestuoso. La caza y otros placeres de la vida al aire libre le habían servido para rebajar grasas y endurecer sus músculos; y su afición al agua fría, que le venía de raza, fue para su cuerpo un tónico que lo mantenía en forma.

Esta era la vida de perro que Buck llevaba en el otoño de 1897, cuando el hallazgo del Klondike⁷ arrastró a hombres de todo el mundo hasta las tierras heladas del norte. Pero Buck no leía los periódicos e ignoraba que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, era un tipo indeseable.

El juez asistía a una reunión de la Asociación de Vinateros, y los chicos se dedicaban a organizar un club de atletismo aquella noche en la que Manuel perpetró su traición. Nadie lo vio salir con Buck y cruzar el huerto. El mismo Buck creía que iban a dar un paseo. Y nadie los vio llegar al apeadero de College Park, salvo un hombre solitario que allí estaba y que habló con Manuel, mientras unas monedas pasaban de una mano a otra.

—Ya podías envolver el paquete antes de entregarlo —gruñó el forastero, y Manuel ató una fuerte sogá alrededor del cuello de Buck por debajo del collar.

—Si retuerces la cuerda, lo ahogas —dijo Manuel.

Buck había aprendido a fiarse de los hombres que conocía y admitía que la sabiduría humana era superior a la suya. Pero cuál no sería su sorpresa cuando la sogá le ciñó el cuello, impidiéndole casi respirar. Se abalanzó furioso contra el hombre, que le hizo frente, lo agarró por el cuello y, con una hábil ma-

⁵ Unidad inglesa de peso equivalente a 453 gramos.

⁶ Perro pastor de pelo largo.

⁷ Río de Canadá, afluente del Yukón, donde se había descubierto el oro, y, por extensión, región por la que transcurre.

niobra, lo tumbó de espaldas. Luego la sogá se ciñó sin piedad, mientras Buck se debatía desesperado, con la lengua fuera y jadeando inútilmente. Nunca en su vida se había sentido tan irritado. Pero sus fuerzas cedieron, sus ojos se empañaron y no se enteró de que el tren se detenía y los dos hombres lo empujaban dentro del furgón de equipajes.

Cuando recobró el sentido, el ronco silbato de una locomotora en un cruce le reveló dónde estaba. A menudo había viajado con el juez y conocía bien la sensación de encontrarse en el furgón de equipajes. En sus ojos se reflejó la rabia incontenible de un rey secuestrado. El hombre le saltó al cuello, pero Buck se le adelantó. Sus fauces se cerraron sobre la mano, y solo la soltó cuando volvió a perder el sentido.

—Es que le dan ataques —dijo el hombre, ocultando la mano herida cuando el encargado del furgón acudió, al oír el forcejeo—. El jefe me ha mandado llevarlo a Frisco. Allí hay un médico de perros que dice que puede curarlo.

Más tarde, en la trastienda de un bar, en el muelle de San Francisco, el hombre sacó partido del percance.

—Solo saco cincuenta —gruñó— y no volvería a hacerlo ni por mil al contado.

Llevaba la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado, y la pernera derecha del pantalón rasgada de la rodilla al tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro tipo? —preguntó el tabernero.

—Cien. No lo dejaba ni por un centavo menos, así que ya me dirás.

—O sea, que son ciento cincuenta —calculó el tabernero—. Pero bien los vale o yo no sé nada de perros.

El secuestrador se quitó el vendaje ensangrentado y contempló su mano herida.

—Con tal de que no coja la rabia... —dijo.

—Descuida, que tú has de morir ahorcado —se burló el tabernero—. Anda, échame una mano antes de largarte.

Aturdido, medio muerto de asfixia, con la lengua y la garganta doloridas, Buck intentó enfrentarse a sus torturadores. Pero lo derribaron y retorcieron la soga varias veces, hasta que consiguieron limarle el grueso collar de latón que llevaba al cuello. Luego le quitaron la soga y lo metieron en un cajón de madera que parecía una jaula.

Allí permaneció el resto de aquella noche, restañando su rabia y su orgullo herido. No podía comprender lo que ocurría. ¿Qué iban a hacer con él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en aquel cajón tan pequeño? Ignoraba las razones, pero se sentía oprimido por la sensación de que iba a sucederle algún desastre. Varias veces en el transcurso de la noche se incorporó de un salto, al oír que se entreabría la puerta del cobertizo. Esperaba ver al juez, o al menos a los chicos. Pero siempre resultaba ser la gruesa cara del tabernero, que se asomaba para echarle un vistazo a la mortecina luz de una candela.

Por la mañana llegaron dos hombres que se llevaron el cajón. Más torturadores, pensó Buck. Tenían un aspecto horrible, desharrapados y sucios, y les rugió amenazadoramente por entre los barrotes. Pero ellos se limitaron a reír y a azuzarle con unos palos que Buck se apresuró a morder, hasta que se dio cuenta de que eso era justamente lo que ellos querían. Así que se quedó quieto y abatido, mientras subían la jaula a un carromato.

Los empleados de la oficina de facturación se hicieron cargo de él. Después lo trasladaron a otro compartimento. De allí pasó a un gran almacén de ferrocarriles, y acabó en el vagón de un tren expreso.

Durante dos días y dos noches el vagón se arrastró tirado por una ruidosa locomotora. Y durante dos días y dos noches Buck no probó bocado ni agua. Estaba tan furioso que gruñía a los empleados del tren, y ellos a su vez se vengaban haciéndole rabiar. Cuando se abalanzaba contra los barrotes, babeando y jadeando, redoblaban sus burlas. Gruñían, maullaban, agitaban los brazos como si fueran alas y graznaban. Buck ya sabía que eran tonterías, pero precisamente por eso ofendían más su dignidad, y su rabia crecía por momentos. No le importaba mucho pasar hambre, pero la falta de agua le resultaba muy penosa.

Su único alivio era que ya no estaba con la soga al cuello. Antes ellos habían jugado con ventaja, pero, ahora que se la habían quitado, les enseñaría quién era. Su ira no presagiaba nada bueno para el primero que se pusiera en su camino. Tenía los ojos inyectados de sangre, y se había convertido en una fiera rabiosa. Tan cambiado estaba, que ni el mismo juez lo hubiera reconocido. Hasta los empleados del tren se quedaron muy aliviados cuando lo bajaron en Seattle.

Cuatro mozos trasladaron con cautela el cajón hasta un recinto estrecho, de altos muros. Un hombre corpulento, con una zamarra roja, se adelantó y firmó el recibo al conductor. Aquel debía ser el siguiente torturador, se dijo Buck, y embistió con arrojo contra los barrotes. El hombre hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa y tomó un hacha y un garrote.

—No se le ocurrirá soltarlo ahora, ¿verdad? —le preguntó el conductor.

—Claro que sí —contestó el hombre, y la emprendió a hachazos contra el cajón, que empezó a desvencijarse.

Los cuatro mozos que lo habían transportado salieron de estampida y se dispusieron a contemplar el espectáculo, encaramados en lo alto de un muro.



Buck se lanzó sobre las maderas, hundiéndoles los dientes y luchando furioso contra ellas. A cada golpe del hacha, él respondía con rugidos y dentelladas.

—Vamos, demonio de ojos rojos —dijo el hombre de la zamarra roja, cuando vio que había espacio suficiente para que pudiera pasar el cuerpo de Buck, al tiempo que soltaba el hacha y blandía el garrote con la mano derecha.

El perro se agazapó, tensos los músculos y con la pelambre erizada y la boca llena de espuma. Distendió súbitamente sus ciento cuarenta libras de furia acumulada durante los dos días y las dos noches de encierro y saltó. Pero, cuando sus mandíbulas se disponían a cerrarse sobre la garganta de su enemigo, recibió un golpe que le detuvo y le hizo apretar las mandíbulas de dolor. Giró en el aire y cayó al suelo.

Nunca en su vida le habían dado un garrotazo y por un momento se sintió completamente desconcertado. Luego, con un rugido que parecía más un grito que un aullido, se levantó y saltó de nuevo.

Recibió otro golpe y cayó sobre la tierra dura. Comprendió que la culpa la tenía el garrote, pero estaba cegado por la ira. Volvió a atacar una docena de veces, y otras tantas el garrote se abatió sobre él y lo derribó.

Tras un golpe extraordinariamente violento se arrastró en dirección al hombre, demasiado aturdido para volver a atacar. Hilillos de sangre fluían de su hocico, su boca y sus oídos, y ve-teaban su fina y hermosa piel. Entonces el hombre avanzó y le descargó deliberadamente un golpe terrible en el hocico. Todos los dolores que acababa de sufrir no fueron nada comparados con la refinada crueldad de este. Por última vez volvió a atacar. Pero el hombre aún le reservaba un último golpe, y Buck rodó sin sentido.



Alabada por crítica y público desde su publicación en 1903, nunca ha dejado de ser reimpresa y de lectura obligatoria en las escuelas estadounidenses. El relato de supervivencia y de retorno al estado primitivo de Buck ha enriquecido los sueños de varias generaciones de lectores. Pero guarda un significado mucho más profundo: London nos avisa de que la frontera entre la civilización y lo brutal es delgada y frágil, tanto para los perros como para los hombres.

